

Masculinidades, ciencia y cultura física a finales del siglo XIX en la Argentina. El caso de la fisiología del ejercicio

Pablo Ariel Scharagrodsky

UNLP y UNQ

pas@unq.edu.ar

Resumen: Más allá de ciertas resistencias, el deporte en occidente contribuyó desde mediados del siglo XIX y en buena parte del siglo XX en la definición de cierta identidad masculina (viril, activa, exitosa, competitiva y con un fuerte predominio del espacio público); de determinada identidad femenina (recatada, pasiva, abnegada y, fundamentalmente, recluida en el espacio doméstico y privado) así como una supremacía burguesa anclada en una particular dominación generizada, denigrando aquellos/as 'desviados/as' que no cumplían el guión masculino o femenino socialmente esperado (Connell, 1995, 2001; Messner, 1992; Elías y Dunning, 1996; McKay, Messner & Sabo, 2000; Goellner, 2004; Scharagrodsky, 2006). Entre los discursos que legitimaron la construcción de cierto tipo de masculinidad en el ámbito deportivo y gímnico decimonónico se destacó el discurso médico, especialmente el proveniente de la fisiología del ejercicio a partir de obras como las de Fernand Lagrange (1845-1909) y Angelo Mosso (1846-1910). Teniendo en cuenta lo anterior la siguiente ponencia indaga la forma en que las explicaciones y argumentaciones fisiológicas de Lagrange y Mosso legitimaron la fabricación de un tipo de masculinidad excluyendo otras alternativas posibles y su incidencia en países como la Argentina.

Palabras claves: masculinidades, medicina, fisiología del ejercicio, gimnasia, deportes

Introducción

Tal como señala Dunning, en sus orígenes, el espacio deportivo se construyó como un reservado para varones, desde donde se proclamó la hegemonía y superioridad masculina (Dunning, 1993). Más allá de ciertas resistencias, no hay duda que el deporte en occidente contribuyó desde mediados del siglo XIX y en buena parte del siglo XX en la definición de cierta identidad masculina (viril, activa, exitosa, competitiva y con un fuerte predominio del espacio público); de determinada identidad femenina (recatada, pasiva, abnegada y, fundamentalmente, recluida en el espacio doméstico y privado) así como una supremacía burguesa anclada en una particular dominación generizada, denigrando aquellos/as 'desviados/as' que no cumplían el guión masculino o femenino socialmente esperado (Connell, 1995, 2001; Messner, 1992; Elías y Dunning, 1996). Este proceso estuvo acompañado de otras prácticas corporales como los ejercicios físicos, diferentes tipos de gimnasias, las colonias escolares, las excursiones y la educación física en el ámbito escolar (McKay, Messner & Sabo, 2000; Penney, 2002; Goellner, 2003; Scharagrodsky, 2006). Vale decir, la mayoría de los estudios de corte histórico o sociológico sobre masculinidades asignan un valor específico y una lógica particular a las prácticas deportivas y gímnicas a la hora de definir los procesos de construcción de ciertos tipos de masculinidad, siendo la segunda mitad del siglo XIX un período clave y central a la hora de consolidarlos y estabilizarlos (Mosse, 1996). Entre los discursos que legitimaron la construcción de cierto tipo de masculinidad en el ámbito deportivo y gímnico decimonónico se destacó el discurso médico, especialmente el proveniente de la fisiología del ejercicio a partir de obras como las de Fernand Lagrange (1845-1909) y Angelo Mosso (1846-1910). Teniendo en cuenta lo anterior la siguiente ponencia indaga la forma en que las explicaciones y argumentaciones fisiológicas de Lagrange y Mosso legitimaron la fabricación de un tipo de masculinidad excluyendo otras alternativas posibles, su incidencia en países como la Argentina y algunas líneas de continuidad que, con matices, se mantienen en el presente mundo deportivo y gímnico escolar.

El discurso médico y la cultura física decimonónica

Los procesos y las prácticas de 'medicalización' decimonónicos se desarrollaron y penetraron muy fuertemente en distintas instituciones sociales instalando una serie de hábitos, normas, valores y prácticas. La escuela y los colegios no fueron la excepción. En la Argentina, desde fines del siglo XIX y principios del XX el poder de la práctica y el lenguaje médico en la trama escolar se manifestó muy claramente. Entre las razones, Puiggrós menciona "la prioridad que tomaba el tema del cuerpo, en una población inmigrante que veía bruscamente cambiadas sus condiciones de vida, sus parámetros y sus hábitos higiénicos, alimenticios, de relación sexual y social. Asimismo, la caracterización de la gran masa de los educandos como susceptibles de enfermar física, moral, mental y espiritualmente, o como enfermos de diversas categorías, fue su condición necesaria. En parte, los rituales que constituyen el discurso de la medicina fueron utilizados para tratar de sustituir los rituales eclesiásticos y de tal manera quitar poder a los intelectuales vinculados con la Iglesia" (Puiggrós, 1990: 118; Puiggrós, 1996).

El discurso médico penetró en la institución escolar por diferentes vías. Por un lado, la creación del médico escolar y del Cuerpo Médico Escolar con un mandato autorizado a la hora de definir normalidades corporales. Por el otro, a través de los planes y programas escolares y de los manuales y textos obligatorios. Este discurso ingresó en la escuela gracias a la biopolítica, la cual a partir del siglo XIX se desplegó sobre las poblaciones acrecentando el valor de la vida. En nombre del cuerpo-especie el biopoder intervino para mejorar la vida, gestionar los procesos biológicos y asegurar no tanto su disciplina sino su regulación. Pero su instalación llevo consigo todo un conjunto de procedimientos en donde el mismo concepto de vida abarcó no sólo a la salud, sino también a la higiene, a la natalidad, a la longevidad y a la raza. El biopoder, a través de la medicina, no sólo garantizó la salud sino que impuso un estilo de vida 'moralmente saludable'.

Este estilo de vida higiénico y 'saludable' involucró una serie de tópicos vinculados con el bienestar moral del individuo, la raza, la familia y la nación que incluyó a la gimnasia, a los juegos y a los deportes como parte importante de este proceso.

Lo concreto fue que en nombre del higienismo la cultura física decimonónica se consolidó y estabilizó. Y las instituciones escolares fueron uno de los espacios en donde mayor circulación tuvo de la mano la fisiología del ejercicio como parte de un discurso especializado sobre el funcionamiento del cuerpo en movimiento.

A finales de los '80 del siglo XIX se consolidaron los estudios e investigaciones relacionados con la fisiología de los ejercicios físicos provenientes, fundamentalmente, de Francia. Los trabajos e investigaciones de Fernand Lagrange (1845-1909), de Étienne-Jules Marey (1830-1904), o de Angelo Mosso (1846-1910) comenzaron a circular en los espacios de formación de la corporación médica, en las tesis y revistas de medicina y en las revistas más importantes de educación.

De esta manera, la circulación de la producción vinculada con la higiene física y su relación con determinadas prácticas corporales (especialmente la gimnasia) adquirió mayor visibilidad a través de las tesis de medicina y, también, amplia difusión en las revistas de educación más importantes de la época. Todo ello avalado por las recientes sanciones de las leyes de educación obligatoria, como la ley 888 en la provincia de Bs. As. en 1875 y la ley 1420 en capital y territorios nacionales en 1884; las cuales incorporaron como obligatoria la práctica de ciertos ejercicios físicos¹. Una importante cantidad de tesis médicas argentinas proclamaron la nueva 'era científica de la higiene' y su necesaria inserción en el ámbito escolar, así como en otros espacios urbanos como las plazas, los parques, los clubes y los gimnasios (Scharagrodsky, 2008).

En este contexto, la difusión de la gimnasia -y también los juegos y los deportes- como medio para fortalecer el cuerpo humano fue un paso

¹ Ambas leyes estuvieron fuertemente atravesadas por los supuestos higienistas de la época. Por ejemplo, la ley 888 prescribió la enseñanza de la higiene en el nivel elemental, al igual que la ley 1420. Esta última, además, contuvo varios artículos referidos a dicha temática.

imprescindible para alcanzar la perfección del estereotipo masculino declamado (Mosse, 1996).

La fisiología del ejercicio o acerca de cómo construir masculinidades

El avance de la fisiología durante el siglo XIX fue notable (Buch, 2006: 42-48). Una serie de conocimientos orgánicos pudieron ser explicados y 'probados' en el templo médico laico decimonónico: el laboratorio. Nuevas categorías teóricas comenzaron a dar cuenta sobre viejos problemas asociados al ejercicio físico, a los movimientos corporales, a las funciones orgánicas, al esfuerzo físico, al reposo, a la contracción muscular, a la producción de energía, a las combustiones corporales, al agotamiento y a la fatiga. En todas ellas, sobresalió la cuestión de cómo, por qué o cuándo los niños podían hacer tal o cual ejercicio, juego o deporte y con qué fines. Entre los fines se mencionó recurrentemente la cuestión de la masculinidad y de la virilidad. Esto último no fue una casualidad sino que más bien estuvo potenciado por un contexto sociopolítico vinculado con algunas preocupaciones y ansiedades que desde mediados del siglo XIX produjeron ciertos re-acomodamientos en torno a la relación entre los 'sexos' y a determinados reclamos de igualdad de parte del heterogéneo movimiento feminista, en momentos en que los estados naciones se consolidaban en Occidente (Barrancos, 2007; Lavrin, 1998; Mosse, 1996). Por otra parte, los temores frente a lo que ciertos grupos consideraban un decaimiento en la virilidad de las futuras generaciones de jóvenes varones y de la propia nación, visibilizó a la cultura física decimonónica como nunca antes y alimentó una determinada forma de concebirla. Entre las preocupaciones a vencer aparecieron dos de los grandes males de *fin de siècle*: "la exageración de la sensibilidad y el decaimiento de la voluntad" (Lagrange, 1894: 278-279)².

² La voluntad débil estaba relacionada con la imaginación exaltada, puerta de entrada de múltiples vicios. "(...) en nuestro siglo de 'neuróticos, en el que la impresionabilidad nerviosa está tan exagerada, la voluntad es tan débil y la imaginación tan exaltada" (Lagrange, 1894: 312). "El ejercicio bien escogido, trae consigo una alegría bastante viva para satisfacer á ese apetito natural de placer y para poner al niño al abrigo de esas vagas sugerencias que, no por emanar de su mismo cerebro, son menos peligrosas que los consejos de un camarada depravado" (Lagrange, 1894: 150).

En este contexto de rechazo a determinados aspectos claves del patriarcado moderno y de cierta erosión al ideal ficcional masculino tradicional; la fisiología del ejercicio se constituyó como un saber que, en algún sentido, reforzó la tradicional división y jerarquización entre varones y mujeres y entre varones 'normales' y los 'impostores'. Vale decir, legitimó funciones sociales y políticas que fueron más allá de la propia conceptualización fisiológica. En nombre de la fisiología del ejercicio y de los cambios físicos y químicos durante un ejercicio físico se prescribieron mandatos morales que excedieron la propia clasificación fisiológica. Vale decir, la fisiología del ejercicio se convirtió en el fundamento epistemológico de las prescripciones morales y sociales.

Para ello fue fundamental darle un halo de 'cientificidad' al régimen discursivo establecido. En nombre de la ciencia, la 'verdad' acerca de los cuerpos en movimiento fue penetrando en el campo médico y pedagógico. La fisiología del ejercicio combinó una serie de procedimientos ingeniosos (la fotografía, inventos mecánicos, método gráfico, etc.) y fue la base sobre la que se apoyaron las nuevas prescripciones sobre la cultura física decimonónica. Lagrange señaló lo siguiente al respecto: "La fisiología del ejercicio muscular es una ciencia todavía completamente nueva. Puede decirse que nació con los magníficos trabajos de M. Marey. Con auxilio del método gráfico, aplicando los más ingeniosos procedimientos mecánicos, y con la fotografía instantánea, M. Marey ha podido analizar con precisión la manera de andar natural del hombre y los animales; ha establecido así las verdaderas bases de la ciencia de los movimientos y trazado el camino que deben seguir los higienistas so pena de descarriarse" (Lagrange, 1895: V-VI).

La unidad mínima de análisis de esta nueva ciencia del movimiento fue el "ejercicio corporal" también denominado "trabajo" siendo los músculos parte los medios generadores del movimiento. Pero el excitante en el proceso de contracción muscular era la voluntad. Una categoría, si se quiere, más metafísica que empírica; a contramano del positivismo reinante. Lo concreto fue que, paradójicamente, la preocupación por la voluntad reguló y condicionó la 'materialidad' de los cuerpos masculinos en movimiento: "La voluntad es el agente excitador del movimiento, y éste se produce siempre con un vigor

proporcionado al del agente que lo excita” (Lagrange, 1895: 14). “La voluntad no tiene acción alguna directa sobre el músculo, ni sobre la médula espinal y el nervio motor. No puede obrar directamente más que sobre la sustancia gris de las circunvalaciones cerebrales” (Lagrange, 1895: 14).

Detrás de la teoría de la voluntad se edificó una determinada concepción sobre la masculinidad. Cualquier acción motriz en la gimnasia, en los juegos o en los deportes no era completa sino se incluía el esfuerzo de la voluntad. “(...) todo el mundo ha podido observar que un esfuerzo muscular no está jamás completo, si no va acompañado de un esfuerzo de la voluntad” (Lagrange, 1894: 277). “La victoria pertenece al que es capaz todavía de hacer un llamamiento desesperado á su voluntad” (Lagrange, 1894: 278).

El registro fisiológico incluyó a la voluntad junto con un conjunto variado de categorías asociadas. La voluntad, la sensibilidad, el dolor y el valor fueron aspectos centrales en la educación de los cuerpos masculinos en movimiento y definieron no sólo una determinada forma de entender a la masculinidad como un ideal ficcional a alcanzar, sino que establecieron los límites materiales y simbólicos que no podían ser cruzados, so pena de estigmatización, humillación o patologización.

En esta red de asociaciones categoriales entre voluntad, sensibilidad, dolor y valor, la educación cumplió un papel determinante, siendo el ejercicio físico, los juegos o los deportes los facilitadores por excelencia para concretar el proceso de construcción de un tipo particular de masculinidad. Para ello el ejercicio físico fue considerado como productor de dos cualidades diferentes: “El ejercicio es una escuela virilidad, y de su práctica bien entendida resultan dos órdenes de cualidades que contribuyen á formar hombres de acción. Estas cualidades son unas activas y otras pasivas. Las primeras se llaman voluntad, energía; las otras resignación, abnegación” (Lagrange, 1894: 268).

En la teoría de Lagrange el valor³ estaba formado por dos elementos: la energía voluntaria⁴ conceptualizada como activa y la resignación conceptualizada como pasiva. Esta última era clave ya que fue definida como la facultad de despreciar las impresiones dolorosas. Especialmente sobre ella se debía trabajar. Ella fue el objeto de educación. Sobre ella se pensaron e idearon un conjunto variado de prácticas, técnicas y ejercicios corporales. Vencer obstáculos, rechazar al peligro y, muy especialmente, despreciar el sufrimiento corporal se convirtieron en la gran obsesión que aseguraron el núcleo duro de la masculinidad tradicional. La gimnasia, los juegos y los deportes 'bien dirigidos' resolvían el conflicto que se generaba entre la voluntad y la sensibilidad. Sólo educando el valor se conquistaba el control de la sensibilidad y con ello todo el universo de emociones, 'vicios' y placeres. "El valor no se compone solo de resignación y de abnegación; necesita un elemento más activo. Podría decirse que un acto de valor, una determinación valerosa, es el resultado de una victoria de la voluntad sobre el temor á una sensación dolorosa ó á una penosa impresión. Para que el hombre tenga valor, es preciso que, en esa especie de conflicto que se establece entre la voluntad que ordena y la sensibilidad que rehusa, sea la voluntad la que venza" (Lagrange, 1894: 277). "La voluntad, como todas las facultades activas, se desenvuelve tanto más, cuanto más se ejercita" (Lagrange, 1894: 277). Continuaba Lagrange, "La educación del valor en el niño tiene por primera indicación la de atenuar su sensibilidad. Para embotar los nervios sensitivos, no hay que temer el dejar jugar á los niños, siguiendo su instinto, que les lleva á empujarse y derribarse. Aunque el juego fuese un poco brutal, ¿qué significa el peligro de una megilla acardenalada⁵, ó de un ojo hinchado, en comparación del beneficio de adquirir esas cualidades viriles, que tiene el valor por base?"

³ Algo similar planteó Mosso, aunque incorporó a la herencia. "El valor esta formado por tres elementos: la naturaleza, la educación y el razonamiento. Cada uno de éstos puede desarrollarse tanto que compense en parte la deficiencia de los otros. Hay un elemento fatal en la educación, que debe preparar de antemano, como el terreno para la semilla en una recolección: es necesario que los padres den á los hijos la herencia de una constitución robusta y llena de valor" (Mosso, 1892: 365-366).

⁴ Lagrange afirmó que "gracias al funcionamiento de la energía voluntaria, un dolor físico no produce ningún sacudimiento en los músculos de la cara de un hombre iracundo, y una contrariedad no produce siquiera una aceleración del pulso en el hombre que es dueño de sí mismo" (Lagrange, 1896: 287).

⁵ Sinónimo de amoratada.

Muchos de nuestros antiguos juegos de niños respondían bien á esta indicación de higiene moral y física. Ha sido una equivocación el proscribir todas esas diversiones en que los niños se agarran y se tiran, luchan por una pelota, ó se persiguen pegándose con un pañuelo retorcido (...) hay que hacer perder al niño su exceso de impresionabilidad física y su miedo al dolor” (Lagrange, 1894: 276).

La educación del valor sólo se lograba si y sólo sí los juegos y deportes presentaban un ‘poco’ de brutalidad. Este escenario estaba avalado no sólo por la higiene física, sino también por la higiene moral. Empujarse, derribarse, tener un ojo hinchado o lastimarse reforzaba no sólo un tipo de masculinidad sin miedo, delicadeza o impresionabilidad excesiva, sino que aseguraba la huída del niño a todo aquello que estuviese ligado ‘imaginariamente’ con el universo femenino. Vencer al sufrimiento y habituar al cuerpo a golpes físicos y simbólicos fueron elementos claves en la construcción del guión hegemónico de la masculinidad. Este proceso debía reforzarse en los niños varones ya que la sensibilidad era la facultad que predominaba en ellos. Sin llegar a la insensibilidad corporal (anestesia) pero tampoco permitiendo la exageración de la sensibilidad ante el menor roce (hiperestesia); la cultura física decimonónica debía ser equilibrada y caminar en esta delgada línea: “Desde el punto de vista higiénico como desde el punto de vista moral, la educación de la sensibilidad no consiste en desenvolver esta facultad, sino más bien en atenuar su exageración. Todos los médicos temen en el niño los efectos de su excesiva sensibilidad” (Lagrange, 1894: 270). “La debilidad produce el miedo, y el miedo produce la debilidad” (Mosso, 1892: 363). “La debilidad acrecienta la excitabilidad; la excitabilidad fomenta la lujuria, y la lujuria, á su vez, produce la debilidad” (Mosso, 1892: 364).

El exceso de sensibilidad era el gran enemigo. El débil, el torpe, el enclenque, el temeroso, el lujurioso o el afeminado se convirtieron en las ‘otredades’ a combatir. Algunas enfermedades vinculadas con la debilidad física o la pérdida de energía en los varones fueron señaladas como causantes de males mayores⁶. El desarrollo del valor atemperaba estas figuras ‘viciosas’ que

⁶ Mosso se refiere a la neurastenia como aquella enfermedad de “hombres que rápidamente agotan la energía de los centros nerviosos, y que con lentitud reparan después la pérdida de

poblaban el universo indeseado de la modernidad. Muchas figuras aparecieron como las responsables de estos males físicos y morales. Entre ellas, la figura recurrente de la madre dulce, tierna y protectora. Sobre ella recayó gran parte de la responsabilidad en la instrucción. Ello incluyó la 'descontaminación' del niño en un momento determinado de su vida: "Hay madres cuya solicitud no excluye la energía y que comprenden instintivamente la necesidad de hacer aguerrido al niño desde su más tierna edad. Pero son la excepción. Si la mayor parte de los niños educados por mujeres tienen refinamientos de delicadeza, tienen también exageraciones de sensibilidad, que los exponen á hacer un triste papel ante el peligro material. Se les ha evitado cuidadosamente toda sensación dolorosa y su sensibilidad excesiva se ha duplicado por las obsesiones de una imaginación que teme lo desconocido. La idea sola de un dolor que pudiera alcanzarles los contiene y paraliza, y esta pusilanimidad los hace dudar, ante dificultades que podrían fácilmente salvar, dados sus medios físicos" (Lagrange, 1894: 270-271). "Ante todo, debemos, con un buen método de educación física, persuadir á las madres de que se trata de la salud y del porvenir de sus hijos" (Mosso, 1894: 242-243).

Luchar contra la cobardía, el miedo, la sensibilidad excesiva y la pusilanimidad se convirtieron en obsesiones que fueron más allá de los ejercicios físicos. Las prácticas corporales decimonónicas se convirtieron en un terreno altamente conflictivo en el que distintos actores y grupos sociales pusieron en circulación, distribución, transmisión y producción un conjunto complejo y heterogéneo de tópicos vinculados con el cuerpo y su funcionamiento, en donde la diferencia sexual y, muy especialmente, la masculinidad fue un aspecto central (Scharagrodsky, 2008). Esto se produjo, en parte, porque a finales del siglo XIX acontecieron ciertos cambios y reordenamientos sobre los tradicionales ordenes de género, modificándose parcialmente las relaciones de poder y cuestionándose determinadas relaciones de dominación. Un grupo de varones cada vez más numeroso reacciono frente a aquellas/os que intentaron

aquella" (Mosso, 1893: 171). Esto último podía comprometer la fortaleza de la nación. Como señala Di Liscia "la pedagogía de la higiene se superpuso en Argentina con la preocupación por el futuro racial, donde los infantes débiles y escrupulosos del presente traían desesperanzadas y temibles visiones sobre soldados imposibilitados de defender la patria, madres incapaces de cuidar una prole sana, obreros y trabajadores marcados por la degeneración mental y física, correlato del crimen, la locura y los vicios de la civilización moderna" (Di Liscia, 2004: 37).

erosionar el patriarcado moderno. Muchos empezaron a inquietarse abiertamente por la virilidad de sus hijos varones. Preocupados por la poca rigidez en la distinción de roles sexuales, aterrorizados por los discursos feministas, inquietos con la feminización de la educación familiar y escolar así como del poderío de la ley materna, temían que sus muchachos no tuvieran la ocasión de aprender a ser hombres (Badinter, 1993). Frente a aquellos que defendían un ideal masculino más pacífico y más tolerante (feministas, socialistas, librepensadoras, etc.), la fisiología puso sus límites morales -y políticos- en nombre de la biología.

Hacer verdaderos varones -y no 'impostores'- fue una respuesta que muchos hombres encontraron como forma de reacción frente al avance de la modernidad (como sinónimo de debilidad) y a los cuestionamientos de ciertas mujeres al orden social y sexual imperante. De alguna manera, la cultura física decimonónica se convirtió en uno de sus últimos refugios para mantener y reforzar el núcleo duro de la masculinidad patriarcal hegemónica. La lucha contra la delicadeza, lo impresionable y la sensibilidad -en el marco de un discurso 'científico'- fue parte central de los objetivos planteados por la narrativa fisiologista con el fin de 'enderezar' posibles desvíos. En consecuencia, la gimnasia, los deportes y los juegos se convirtieron en imprescindibles medios para perfeccionar el estereotipo masculino tradicional: "(...) los empujones, los golpes y las caídas durante el juego". "Todas estas incomodidades deben contarse más bien entre las ventajas del juego que entre los inconvenientes. Constituyen un elemento de educación moral que no debe despreciarse" (Lagrange, 1894: 272). "No hay mayor defecto en la educación que el de cuidar excesivamente de la sensibilidad de los niños; y es la falta que más frecuentemente se comete. El niño al que se evita cuidadosamente toda sensación penosa resulta impresionable y delicado. Y, hay que notarlo bien, sus manifestaciones excesivas de sensibilidad no son únicamente hijas del capricho. Si el niño delicado no puede soportar el dolor, es porque sus nervios sensitivos vibran más fuertemente que en los demás" (Lagrange, 1894: 272-273).

Soportar el dolor se convirtió en una meta y, al mismo tiempo, en una metáfora. El dolor como meta se constituyó en una de las consecuencias que debía superar cualquier niño 'normal' para asegurarse un lugar en el reino de la masculinidad tradicional así como un alejamiento hacia aquello considerado como indeseable. Los niños que no soportaban el dolor eran cobardes, miedosos o pusilánimes y no eran considerados como 'verdaderos' varones. Por otra parte, el dolor como metáfora construyó una red de asociaciones en las que ciertas partes del cuerpo -como la epidermis- endurecían al yo moral generando esa cualidad tan buscada que era el valor. Ello aseguraba el control de las situaciones inesperadas y peligrosas, lo que era cada vez más necesaria en un mundo cada vez más cambiante. Para lograr un buen desempeño y conservar el control sobre ciertas situaciones los niños aprendieron a eliminar ciertos sentimientos, a esconder determinadas emociones y a suprimir ciertas necesidades: "Cuanto más raramente se perciben sensaciones dolorosas, mayor dolor causan; cuanto más frecuentemente se repiten, más tienden á pasar inadvertidas. Todo el mundo sabe que la frecuente repetición de una sensación da por resultado constante el atenuar su vivacidad. Todo lo que es sensación se amortigua por el hábito" (Lagrange, 1894: 273). "El endurecimiento de la piel (...) (es) una cualidad de orden bastante elevado: el valor" (Lagrange, 1894: 273). "Acordémonos que el miedo es una enfermedad de que es necesario curarse, que el hombre intrépido puede equivocarse alguna vez, y que el que tiene miedo, se equivoca siempre" (Mosso, 1892: 370).

Nuevamente el valor como el (re)aseguro de cierto tipo de masculinidad fue la meta más preciada por los difusores de la cultura corporal decimonónica. La piel, representada por la epidermis, debía habituarse a sensaciones dolorosas o desagradables. La práctica reiterada de situaciones dolorosas fijaba una *hexis* corporal masculina y alejaba la figura ficcional del cobarde o del temeroso: "(...) los gimnastas, los hombres de sport y, en general, todos aquellos que se dedican á la práctica regular de los ejercicios corporales (...) temen menos *por su pellejo*. Su epidermis, en la práctica de los ejercicios, sufre frecuentemente bruscos contactos y se habitúa á sensaciones desagradables

de todas clases. Están acomodados, además, á la fatiga, que es un sufrimiento. Su sensibilidad está embotada” (Lagrange, 1894: 274-275). “En el valor entra, pues, un elemento material, á falta del cual, el hombre de mayor corazón se expone á portarse como un cobarde. Es esa especie de endurecimiento de nuestra envoltura exterior, que da por resultado el desprecio de la sensación física; y esto no se obtiene más que por la acomodación” (Lagrange, 1894: 275). “Desde la infancia, debe comenzar la represión de esa excesiva sensibilidad, porque desde la infancia se observan sus manifestaciones más salientes. El joven, si sigue siendo demasiado impresionable, demasiado dominado por sus nervios sensitivos, no podrá libertarse más tarde de esa sensibilidad enfermiza; temblará ante el peligro, á despecho de su valor moral” (Lagrange, 1894: 275).

Reprimir la excesiva sensibilidad también disipaba una sexualidad ‘dudosa’ o peligrosa. Asimismo, luchaba contra el vicio solitario. Para ello se estimuló la fuerza, la resistencia y la velocidad. También se alentó el contacto corporal intenso, pero a la vez temporalmente fugaz entre varones. La zona del tronco superior fue la más desarrollada (bíceps y pectorales) como metáfora de un cuerpo como sinónimo de un pilar duro, ancho e inquebrantable. Aunque estos conceptos fueron matizados en Argentina por Enrique Romero Brest (padre de la educación física Argentina), los supuestos básicos de esta teoría ‘política’ de la fisiología del ejercicio atravesaron los discursos de la gimnasia y los deportes durante gran parte del siglo XX y aún se escuchan algunos ecos de estas ‘viejas’ teorías.

Bibliografía

- Aisenstein, A. & Scharagrodsky, P. (2006). *Tras las huellas de la Educación Física escolar argentina. Cuerpo, género y pedagogía. 1880-1950*. Bs. As.: Prometeo.
- Badinter, E. (1993). *XY La identidad masculina*. Madrid: Alianza.
- Barrancos, D. (2007). *Mujeres en la sociedad Argentina. Una historia de cinco siglos*. Bs. As.: Editorial Sudamericana.

- Buch, A. (2006). *Forma y función de un sujeto moderno. Bernardo Houssay y la fisiología argentina (1900-1943)*. Bernal: Editorial UNQ.
- Connell, R. (1995). *Masculinities*. Berkeley: University of California Press.
- Di Liscia, M. (2004). Médicos y maestros. Higiene, eugenesia y educación en Argentina (1880-1940). En M. Di Liscia, & G. Salto (Eds.) *Higienismo, educación y discurso en la Argentina (1870-1940)* (pp. 37-64). La Pampa: Edit UNLPAM.
- Dunning, E. (1993). Reflexiones sociológicas sobre el deporte. En J. I. Barbero (Ed.) *Materiales de Sociología del Deporte* (pp. 83-108). Madrid: La Piqueta.
- Dunning, E. (1996). El deporte como coto masculino: Notas sobre las fuentes sociales de la identidad masculina y sus transformaciones. En N. Elias & E. Dunning (Eds.) *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* (pp. 323-342). México: FCE.
- Goellner, S. (2003). *Bela, maternal e feminina. Imagens da mulher na revista educação physica*. Río Grande do Sul: Editora Unijuí.
- Lavrin, A. (1998). *Women, Feminism & Social Change in Argentina, Chile and Uruguay, 1890-1940*. Nebraska: University of Nebraska, Lincoln and London.
- Mckay, J. Messner, M. & Sabo, D. (2000). *Masculinities, gender relations, and sport*. London: Sage.
- Messner, M. (1992). *Power and play. Sports and the problem of masculinity*. Boston: Beacon Press.
- Mosse, G. (1996). *The Image of Man: the Creation of Modern Masculinity*. Oxford: Oxford University Press.
- Puiggrós, A. (1990). *Sujetos, disciplina y curriculum (1885-1916)*. Bs. As.: Galerna.
- Puiggrós, A. (1996). *Qué pasó en la educación argentina. Desde la conquista al menemismo*. Bs. As.: Kapelusz.
- Scharagrodsky, P. (comp.) (2008). *Gobernar es ejercitar*. Bs. As.: Prometeo.

Fuentes Primarias

- Lagrange, F. (1894). *La Higiene del ejercicio en los niños y en los jóvenes*. Madrid: Librería de José Jorro. (Traducción Ricardo Rubio)

Lagrange, F. (1895). *Fisiología de los ejercicios corporales*. Madrid: Imprenta Gregorio Juste. (Traducción Ricardo Rubio)

Lagrange, F. (1896). *El ejercicio en los adultos*. Madrid: Imprenta Gregorio Juste. (Traducción Ricardo Rubio)

Mosso, A. (1894). *La Educación Física de la Juventud seguida de la Educación Física de la Mujer*. Madrid: Librería de José Jorro. (Versión castellana de Madrid Moreno)

Mosso, A. (1893). *La fatiga*. Madrid: Librería de José Jorro. (Versión castellana de Madrid Moreno)

Mosso, A. (1892). *El miedo*. Madrid: Librería de José Jorro. (Versión castellana de Madrid Moreno)